

SER PROFESIONAL SANITARIO EN UN MUNDO EN CAMBIO CLAVES EVANGELICAS

+ JOSÉ L. REDRADO, OH

*“En todo crezcamos, llegándonos a Aquel
que es nuestra cabeza, Cristo” (Efesios 4, 15)*

Introducción

Divido mi conferencia en tres partes: en la primera deseo situar al profesional sanitario en el contexto social en el que debe trabajar. Creo que es importante este cuadro, en síntesis, aun a sabiendas de que otros conferenciantes lo hayan desarrollado con mayor precisión. A mí me interesa esta referencia para que se comprenda mejor la segunda y tercera parte, esto es, los aspectos humanos y evangélicos. Subrayaré estos últimos, sobre todo para reforzar y estimular en el profesional sanitario cristiano aquellos valores que deben caracterizar su profesión, además de ser un buen técnico.

I. SECULARIZACION DE LA MEDICINA O LOS VALORES PERDIDOS

1. Vivimos en una sociedad en continuo cambio¹

La situación de nuestro mundo es explosiva; vivimos una gran revolución, el reemplazo del hombre por la computadora, la mecanización del trabajo, la estandarización de la vida.

Hoy el hombre domina – o intenta dominar – la naturaleza; es dinámico, abierto al hacer y está orgulloso de pertenecer a esta época técnica y de grandes adelantos:

- Satélites de comunicación
- Autopistas
- Trasplantes de órganos
- Revolución informática, biogenética (vencer enfermedades, alteración herencia genética); revolución cuántica (máquinas moleculares, civilización planetaria)

Es un mundo donde la competencia se tiene como un gran valor y el vivir resulta una apuesta.

¹ REDRADO José L. “Derecho del hombre a la salud” en Revista *Labor Hospitalaria*, n. 186.

Principales características de nuestra sociedad

- a) Rápido progreso económico, político, científico y urbano.
- b) Mentalidad técnica que induce al hombre a hacer todo lo que sea posible, sin preguntarse si lo necesita e igualmente le obliga a rendir y a ser eficaz.
- c) Nuestra sociedad está en un gran conflicto social que se manifiesta a nivel internacional, nacional y local; este conflicto pone en crisis las ideas, los sistemas, las formas de vida y, como consecuencia, se produce el cambio en todos los campos: político, económico, religioso...
- d) Como consecuencia, estos cambios han dado origen:
 - a un sentido transitorio de la vida, traducido en los siguientes slogans: muerte a la permanencia, tírese después de usado, la era de lo inútil;
 - a un sentido nuevo de la vida: estamos en una sociedad nueva, se trata de una revolución que destruye instituciones y relaciones de poder (secuestros, violencias, huelgas)
 - estos cambios, en definitiva, han dado origen a una gran diversidad de vida con múltiples posibilidades de elección – cosas, servicios, estilos de vida...
- e) Se trata de un cambio de cultura en la que dominan ciertas características y que, al mismo tiempo, van creando un nuevo tipo de hombre. Es el “técnico-sapiens” que ha desplazado al “homo sapiens”. Es toda la informática que cambia la vida, la filosofía, el lenguaje, la mentalidad. Es el hombre que se cree capaz de cambiar al hombre; es la revolución digital. PC ya no es la sigla del Partido Comunista sino el “Personal Computer”.

2. Cómo inciden estos cambios en el hombre

Desorientación: Estamos ante un fenómeno denominado *aceleración de la historia*, en donde los cambios son más rápidos y profundos en estos últimos años que en los siglos precedentes. “Y esta llegada prematura del futuro puede convertirse – dice Tofler – en la enfermedad más importante del mañana”.

Dificultad de adaptación: por la rapidez e inestabilidad. Uno casi no se puede apoyar en el pasado, pero también vive el futuro con inseguridad.

Pérdida de la identidad y multiplicidad de roles: El hombre es hoy un extrovertido y puede encontrarse más vacío y alienado aún disponiendo de más cosas.

Sentimiento de confusión y soledad: El hombre es fuertemente interrogado: ¿a dónde voy? ¿quién soy?

El hombre queda igualmente abandonado cuando el mundo no necesita de él. He aquí todo el problema de marginación tan característico de nuestra sociedad.

3. ¿Cómo poner la tecnología al servicio del hombre?²

Tenemos una gran responsabilidad ante las futuras generaciones.

- El poder del hombre gracias a la tecnología puede influir en su cuerpo y su espíritu (Romano Guardini – “El poder”).

“Pero parece estar siempre amenazado por aquello que produce” (*Redemptor hominis*, 15).

De ahí la necesidad de un equilibrio entre el desarrollo técnico y los valores éticos (*RH* 15).

- Es importante buscar la dimensión sapiencial, esto es el sentido último y global de la vida (*Fides et ratio* 81); *dimensión sapiencial* “en la cual los logros científicos y tecnológicos son acompañados por los valores filosóficos y éticos...” (*Fides et ratio* 106).

- Dice el Concilio Vaticano II – GS 15: “Nuestra época tiene necesidad de la verdadera sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría...”.

- Hay que lograr un recto sentido de la técnica y hacer que esté al servicio del hombre.

No podemos olvidar que el señorío sobre el mundo se funda en la *primacía*

- del espíritu sobre la materia
- de la persona sobre las cosas
- de la moral sobre la técnica (Cf Juan Pablo II, *Redemptor hominis* 16).

4. Tenemos una medicina más eficaz pero ¿es más humana?

Hemos dejado atrás los esquemas mágico-sacerdotales de la medicina; también los esquemas del hospital como custodia, hogar, Hôtel-Dieu; igualmente los esquemas de una asistencia caritativa y benéfica. Están atrás los criterios simples de una medicina restauradora de la salud.

Nuestra salud y nuestra medicina son hoy más complejas; tienen otras características:

- existe *una prioridad* de la medicina comunitaria sobre la hospitalaria; de la medicina ambiente sobre la personal;
- es prevención y promoción prioritariamente antes que curación;
- es calidad de vida;
- son programas que intentan *llegar a todos* (es el lema de la OMS);

² Cf Germán DOIG K. “El hombre de la tecnología”. Asociación Vida y espiritualidad. Lima 2000.

- es una medicina comprensiva, no sólo somática;
- es una medicina donde la palabra “*derechos*” está a la orden del día, igualmente que la palabra “*empresa*”, organización, objetivos, gestión, evaluación;
- es una medicina más tecnificada: por sus aparatos, instalaciones, personas...

Creo que son muchos los progresos que hemos hecho y muchos más y más espectaculares los que se avecinan; es por ello por lo que hemos de estar más atentos para que vayan en bien del hombre.

Hoy no hemos crecido suficientemente y al mismo tiempo que la técnica en otros valores, de ahí su incidencia negativa: son los nuevos problemas y retos que se nos están presentando, por ejemplo: en los problemas humanos y técnicos:

- Deshumanización
- Falta de preparación de los profesionales para una asistencia integral
- Falta de formación ética en los profesionales
- Falta de estudio profundo sobre los nuevos retos que presenta la medicina con temas como genética, eutanasia, distanasia, experimentación, trasplantes de órganos, aborto, planificación familiar, clonación, SIDA y todas las enfermedades mentales...

La falta de preparación y de criterios éticos de los profesionales sobre estos temas está desembocando en grandes atropellos y manipulación de la persona humana.

5. Lugar del enfermo en este progreso

Enhorabuena. Sean bien acogidas las técnicas de curación. Pero no olvidemos que en el centro tenemos al hombre y éste está enfermo.

¿Ocupa, de verdad, el enfermo el centro de la medicina? ¿Ocupa el enfermo el centro de las legislaciones? ¿Es el centro de todos los planes que hacemos?

- No lo ocupa cuando valoramos más el ser eficaces y rendir que la relación con las personas.
- No lo ocupa cuando la técnica crea desmesuradas expectativas.
- No lo ocupa cuando están los intereses profesionales (dinero, prestigio, éxito) sobre las necesidades del enfermo.
- Nuestra *infidelidad* al enfermo es la barrera que comporta el desconocimiento del enfermo: su edad, cultura, rol, ambiente, biografía.

Por eso huimos y nos refugiamos en la función, en el rol que desarrollamos.

- Pero detrás de la barrera descubrimos:

a) Que el enfermo *está preocupado* por la enfermedad, que para él es un *insulto, amenaza, un mal*, que le hace *inseguro* y le obliga a pedir ayuda.

b) Detrás de la barrera el enfermo se pregunta si los profesionales de la salud serán capaces de curarle y de preocuparse de él.

El lugar de salud, decía nuestro P. Marchesi, no es un bar, un cine, sino un lugar de curación, donde me puedo morir³.

II. HACIA UNA CONCEPCION HOLISTICA DE LA SALUD

1. Atención humana e integral

Los profesionales de la salud – médicos, enfermeras – deben ser capaces, desde su ejercicio profesional, de ofrecer al hombre enfermo no sólo unos medios técnicos, sino que están llamados a defender todo cuanto el enfermo necesita para su curación. De ahí que la mejor respuesta que podemos ofrecer al enfermo sea una atención integral. Todo ello supone conocimiento de sus necesidades reales. Exige, por tanto, que conozcamos su biografía, sus reacciones - ya que cada uno padece su enfermedad -, tengamos un gran respeto a su persona e individualicemos la asistencia. Si todo ello lo llevamos así, en la práctica tendríamos que reconocer que realmente estamos ejercitando una asistencia integral y que nuestro medio de salud está humanizado. En particular, refiriéndose al hospital, decía el P. Marchesi lo siguiente:

“El hospital humanizado está abierto, tiene un mapa de poder bien preciso y transparente, cree en el trabajo en equipo, imparte formación permanente y es una casa familiar”⁴.

Todo esto es – o debe ser así – porque estamos con personas y no con cosas, y porque la curación de estas personas enfermas requiere encuentros intensos y repetidos diálogos; no se hace la curación sólo por la administración de medicamentos ni tampoco a través de encuentros superficiales. De ahí que nuestros enfermos nos pidan una asistencia cada vez más humana y personal, comprensiva, cercana; no tratamos enfermedades, sino hombres enfermos. Lo que distingue el oficio del personal de salud del de la mayoría de los otros oficios es que se ejerce con seres vivos que, además de tener derechos, sufren. Y lo que importa no es tanto lo que hacemos con ellos sino cómo lo hacemos.

No se trata pues de un simple acto profesional, de un quehacer, sino que hay que ir más allá: nuestro servicio al hombre que sufre exige una vocación que es igual a dedicación, entrega, armonía, colaboración, respeto y amor.

“El más hondo fundamento de la medicina – escribía el médico Paracelso del siglo XVI – es el amor. Si nuestro amor es grande, grande

³ Cf MARCHESI, Pierluigi, “Humanicemos el hospital” en AA.VV. *Per un ospedale più umano*, ed Paoline 1985.

⁴ MARCHESI, Pierluigi, o.c.

será el fruto que de él obtenga la medicina; y si es menguado, menguados serán también nuestros frutos”.

Hay que amar mucho a los enfermos para ser capaces de servirles y de servirles de forma humana e integral⁵.

2. Asistencia integral: una urgencia colectiva

La asistencia a enfermos se hace cada vez más compleja; caminamos hacia una medicina de equipo, donde tienen cabida nuevos profesionales: médicos, psicólogos, asistentes sociales, sacerdotes, para captar así las cuatro dimensiones de todo hombre: somática, psicológica, social y religiosa. Mientras no recuperemos en el enfermo estos cuatro bloques no curaremos al hombre.

En una entrevista, el P. Pierluigi Marchesi respondía así:

“La medicina se halla en una encrucijada crítica bajo la presión de la tecnología y también de la socialización y se debate entre dos extremos: ser una medicina cada vez más “científica” o una medicina cada vez más humana

Podríamos contentarnos con que la medicina fuera cada vez más medicina. Entiendo por medicina aquella que está siempre más allá de la actual tecnificación de la ciencia y de la asistencia masiva y estatalizada: la medicina que a través de los tiempos se ha apoyado en el amparo afectivo, cordial y humano; la medicina cuya raíz ha sido el concepto helénico de “filantropía” y el cristiano de la “caridad”, es decir, del amor al hombre.

¿Cómo puedo hacer auténtico mi modo de vivir mi servicio si antes no he medido sobre mí mismo las necesidades, las esperanzas y el servicio mismo? Transmitiría algo como una moneda falsa, un gesto que me es impuesto por el trabajo, por un contrato, por una ley que me lo prescribe. Pondría mis manos sobre el enfermo como si éste fuera un papel secante mojado y acabaría por destruirlo, porque buscaría, más allá de él, el sobre de la paga, el premio, una pequeña felicidad. Y en cambio yo debo empaparme de este papel secante mojado, quedar convertido en una sola cosa, pero, permaneciendo misteriosamente yo mismo y él, seguir siendo él”.

3. Profesionales de la salud: amad vuestra profesión, sed ministros de la vida

Tenéis delante una gran tarea: técnica, es verdad; pero vuestra profesión al servicio del hombre os presenta un reto: ¿sois capaces de asistirlo con humanidad e integralmente?

Con vuestra acogida construiréis para el enfermo la “nueva casa” que necesita; construiréis un lugar adecuado, orientado al enfermo, él es – debe ser – el centro. Entrad a fondo, buscad el bien del enfermo y veréis cómo cambian las relaciones, las comunicaciones, el poder.

⁵ REDRADO, José L., o.c.

Buscad el bien del enfermo y veréis cómo ponéis en vuestra profesión más ciencia, más disponibilidad, más diálogo, menos discriminación y mayor presencia.

Decía el Cardenal Tarancón, hablando de la profesión sanitaria que “la medicina, la educación, el sacerdocio exigen algo más que una ayuda técnica, aunque ésta sea necesaria. Necesitan el calor humano de quienes los atienden. Por eso tienen una peculiar grandeza y una plenitud humana”⁶.

Grandeza ésta de los profesionales de la salud que nuestro Pontificio Consejo no ha dudado de llamarles “Ministros de la vida”⁷.

El episcopado español, en uno de sus documentos, hacía la siguiente reflexión sobre los “Católicos y la profesión”⁸:

“La Profesión adquiere (...) una dimensión verdaderamente vocacional y hasta espiritual. Pero esto sólo será verdad si el ejercicio de la profesión está interiormente animado por el espíritu y regido en su desarrollo por los criterios morales del Evangelio y de la imitación de Jesucristo. Estas exigencias no han de limitarse únicamente al orden económico, como es, por ejemplo, la justicia en sueldos y honorarios. La vida y la moral cristianas tienen exigencias más amplias. El respeto a la vida, la fidelidad a la verdad, la responsabilidad y la buena preparación, la laboriosidad y la honestidad, el rechazo de todo fraude, el sentido social e incluso la generosidad deben inspirar siempre al cristiano en el ejercicio de sus actividades laborales y profesionales”.

III. CLAVES EVANGELICAS PARA VIVIR COMO PROFESIONAL SANITARIO CRISTIANO

Esta tercera parte toca específicamente la finalidad de mi conferencia: poner en voz alta aquellos valores que son claves de todo profesional, pero que deben inspirar particularmente al profesional sanitario cristiano por el hecho de tratar con personas humanas en situaciones difíciles como son la debilidad, la enfermedad, la muerte.

Es aquí donde el Evangelio se hace vida, en la experiencia de cada día y en el contacto con el hombre que sufre.

Señalaré algunas claves; consciente de que dejo otras, he elegido las siguientes: experiencia de ser amados, llamados, elegidos, para ser testigos de la compasión, de la misericordia y de la ternura de Dios que perdona, ama y envía a hacer lo mismo; es decir, llamados a contar la parábola del Buen samaritano: Anda, haz tú lo mismo. Sí, haz tú lo mismo en medio de la masa, en un mundo agresivo y hostil, pero sabiendo que la fuerza nos viene de lo alto, de ahí la exigencia de estar unidos como sarmientos a la vid, para crecer juntos y ser testigos de la luz, de la alegría y de la esperanza.

⁶ Card. Enrique TARANCON, La profesión sanitaria, en Revista *Humanizar*, febrero 1994.

⁷ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS AGENTES SANITARIOS, *Carta de los Agentes Sanitarios* (n. 1-10).

⁸ COMISION PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Inst. Past. *Los católicos en la vida pública*, 22-IV-1986, n. 113-114.

1. Experiencia de ser amados, llamados y enviados

El plan divino de la salvación

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo: por cuanto nos ha elegido en El antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. En El tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en El se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. A El, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo. En El también vosotros, tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creído también en El, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria” (Ef 1, 3-14)

Un texto maravilloso de Pablo a los Efesios, un pueblo comerciante. Efeso, una gran ciudad, capital de la provincia romana de Asia. Pablo desarrolla aquí una gran misión con mucho éxito. Parte con una bendición de Dios Padre para trazar el plan de redención en Jesucristo. Amados “elegidos antes de la constitución del mundo”, predestinados, sellados, gratuitamente, por amor. Sí, por amor, porque “Dios es amor”, dice S. Juan (I Jn 4,8). “Dios sólo puede amar”, dice san Isaac de Ninive, pensador cristiano del siglo VII. En esto ha manifestado Dios su amor por nosotros “en que ha mandado su Hijo Unigénito al mundo, para que nosotros tengamos la vida por medio de El” (I Jn 4, 8). “Amó a los pecadores, pero quitó de ellos el pecado; amó a los enfermos, por eso los visitó para curarlos (S. Agustín, Tratado sobre la Primera carta de S. Juan, VII 1.7.9).

Mi ser, mi vida depende de este amor; yo soy fruto de un amor infinito, superior al de mis padres y hermanos, es el amor de Dios en mí. Dios me ama. Sólo la experiencia de ser amado, sentir que alguien – Dios – me ama, saberlo y experimentarlo, hacerlo vida, sólo esta experiencia puede convertir nuestras vidas.

“Es el amor de Dios infundido en nuestros corazones el que tiene que inspirar y transformar nuestro ser y nuestro obrar. El cristiano no debe hacerse la ilusión de buscar el verdadero bien de los hermanos, si no vive la caridad de Cristo. Aunque lograr mejorar factores sociales o políticos importantes, cualquier resultado sería efímero sin la caridad. La misma posibilidad de darse a los demás es un don y procede de la gracia de Dios. Como san Pablo enseña, ‘Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece’ (Flp 2, 13) (Juan Pablo II, Mensaje para la Cuaresma 2003, n. 4).

La experiencia del amor humano, por ejemplo en la pareja, es una fuerza creadora, es pasión, es ternura, es don, es fuente de vida, fidelidad, acogida, fuente de felicidad. En el amor humano auténtico se experimenta todo eso, porque uno ama y se siente amado; el amor mueve, realiza todo eso, es motor, garante de una vida nueva, llena. “El amor mueve el sol y las otras estrellas” (Dante, *Divina Comedia*). “Ama y haz lo que quieras”, dice S. Agustín. Haz lo que quieras, porque siempre el motor será el amor. Si callas, si gritas, si corriges, si perdonas, si socorres al necesitado, será por amor. “Ama y haz lo que quieras”. Amar. No se puede vivir sin amar y sentirse amado. Amar, sentir cómo late el corazón, más allá de lo fisiológico, más allá de lo instintivo. Amar y dejarse amar. Amar es dejar sitio al otro, es romper barreras, es sentir cómo crece el corazón, cómo crece la vida, es multiplicar las ganas de vivir. Amar es nacer a vida nueva.

Todo esto hace Dios en nosotros, porque Dios es amor y hace experimentar en nosotros esos sentimientos. Dios es amor. Por eso nos ama antes que nosotros a El; nos ama uno a uno: me ama, te ama, nos ama. “Yo te he amado con amor eterno” (*Jr 31, 3*). Amados desde siempre, desde el seno materno, el Señor me amó, me eligió y me envió.

“Antes que te formara en el vientre te conocí, antes que tu salieras del seno materno te consagré y te designé para profeta de pueblos” (*Jer 1, 5*).

Es un amor dinámico, hecho vida; un amor para amar; un amor enviado a amar.

“Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor...; amaos unos a otros como yo os he amado... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca... Esto os mando, que os améis unos a otros” (*Jn 15, 9-17*).

El testimonio de nuestra fe es el amor. Sólo quien ama conoce a Dios y quien sigue a Jesús, modelo de amor, da mucho fruto.

De esta experiencia de amor –el Padre nos ama, nosotros respondemos con amor– nace también la respuesta de un amor recíproco: amaos los unos a los otros. Un amor traducido en obras: acogida, servicio, alegría, paz. Un amor traducido en entusiasmo, gratuidad, un amor que crece empeñándose, que se fortalece en las pruebas y que madura en los contrastes de la vida.

2. Ser testigos de la compasión, de la misericordia y de la ternura de Dios

Es la segunda clave que nos proponemos desarrollar. Va unida a la anterior. Quien se siente amado, debe responder amando; este amor se hace vida, se traduce en ese ser ejemplo, modelo, testigo de otro amor, el de Dios, que es compasión, misericordia, perdón, ternura. Dios es todo eso y el profesional sanitario es llamado a vivirlo y expresarlo, llamado a ser testigo. “Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (*Lc 6, 36*).

Dios es compasión, misericordia, perdón.

Jesús, rico en misericordia, la enseñó a los hombres, pero sobre todo la practicó intensamente con los que necesitaban de su acogida y de su perdón (Lc 15, 3-32; 19, 1-10; 7, 36-50; Jn 8, 1-11).

La compasión, la misericordia y el perdón son en Jesús sorprendentes: “Ungido y enviado a evangelizar a los pobres...” (Lc 4, 18), da la vista a los ciegos, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan... (Lc 7, 22).

“Jesús *cura*, pero al hacerlo, *comparte, reintegra* al enfermo, le hace encontrar nuevamente su lugar (Mc 1, 40-45). Toda curación *compromete* a Jesús porque son la manifestación de su amor y de su misericordia (Mt 11, 28; Jn 5, 5-9). Son *signo de la venida del Reino*, explicitan el mensaje; son, en definitiva, un adelanto de la liberación total, de la era sin enfermedades (Apocalipsis 21, 3-41).

Jesús no sólo atiende al enfermo, también *a su familia*: ‘No llores’, le dice a la madre del joven fallecido (Lc 7, 13). Y a Jairo ante la enfermedad de su hija: ‘No temas, cree’ (Lc 8, 50). ‘Mujer, grande es tu fe’, a la cananea (Mc 15, 28). Y la pregunta a Marta y María, con ocasión de la muerte de su hermano: ‘¿Dónde le habéis puesto?’ (Jn 11, 34)”⁹.

Son muchas las palabras y los gestos de Jesús que dan fe de este amor misericordioso; el Evangelio está lleno de estos hechos. Nos haríamos interminables si quisiéramos recogerlos todos. En atención al enunciado que estamos desarrollando quiero fijarme en tres iconos: la curación del paralítico, el hijo pródigo y el buen samaritano. Creo que los tres, cada uno con su peculiaridad, representan, retratan abundantemente este amor de Dios, este perdón y esta misericordia infinita.

La curación del paralítico (Mc 2, 2-12)

La escena es ésta: Jesús en Cafarnaúm, rodeado de mucha gente. Un paralítico llevado por cuatro voluntarios que no pueden entrar, a causa de la gente, pero se ingenian y abren en el techo un boquete y se presentan ante Jesús. Vista su fe, dijo al paralítico: Hijo, te son perdonados los pecados... y después: Levántate y camina. Jesús sorprende y escandaliza porque primero perdona los pecados y después cura el cuerpo; primero absuelve y después cura.

Jesús libra del mal físico, cura, signo de una liberación más rica: te son perdonados los pecados (Mc 2, 5); yo borro tus pecados, no me acuerdo de ellos (Is 43, 25).

Es el perdón de Dios que pasa a través de la caridad; al paralítico le ayudaron cuatro hombres, cuatro voluntarios (Mc 2, 3). Es el perdón de Dios, que la Iglesia ejerce en el sacramento de la reconciliación; es el perdón de Dios que todos los días pedimos en el Padrenuestro: Perdónanos, oh Padre, como nosotros perdonamos.

⁹ Cf Hermanos S. Juan de Dios – Secretariado internacional de P.S., Curia Generalicia – “Pastoral de enfermos en el hospital y en la parroquia” p. 7-11.

Dios nos perdona. He aquí otra de las experiencias: ser acogidos, perdonados, liberados. Quien no pasa por esta experiencia le será difícil perdonar ya que nuestro corazón es pequeño, estrecho, limitado. Para saber perdonar es necesario reconocerse pecador; quien se reconoce culpable, pecador, está en disposición de perdonar.

Perdonados, reconciliados, podremos ser instrumentos de misericordia y de perdón.

El Hijo pródigo (Lc 15, 1-32)

La escena es conocidísima: un hijo que se aleja de la casa paterna, que no quiere saber nada de la familia... Y un padre que espera, que no se cansa hasta poder recuperar al hijo. Al final, el abrazo y la fiesta.

La parábola del hijo pródigo es más bien la parábola del padre misericordioso, del padre que sale fuera de casa, que mira a lo lejos, que atiende, espera sin cansarse el retorno del hijo. Es el padre que lo reconoce aún estando lejos, que va a su encuentro, que lo abraza, que le pone el anillo, que le invita a fiesta, integrado plenamente en su casa; nada de siervo; hijo, abrazado, besado, perdonado, festejado, alegrado, porque se había perdido y ha sido hallado; perdonado y hay que hacer fiesta.

La parábola de la misericordia nos presenta un padre grande, misericordioso, que perdona gratuitamente, que se alegra del retorno del hijo, y nos invita a ello: a un amor grande y misericordioso, lento a la ira y rico en el perdón, perdón que viene celebrado con gozo, con una comida de fiesta; recordemos también el caso de Mateo (9, 9-17) y el de Zaqueo (Lc 19, 1-10). Es la grandeza de un Padre que abre sus brazos siempre, totalmente, porque tiene entrañas de misericordia.

“Anda y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37)

Es el final de la parábola del Buen samaritano, con la cual Jesús ha querido enseñarnos cómo debe ser nuestro amor al prójimo: un amor misericordioso, de acogida, un amor eficaz. El samaritano, viendo al hombre tirado en el camino, medio muerto, llegó a donde estaba el hombre, lo vio, le dio lástima, se acercó, le curó las heridas, lo llevó a una posada y pago por él.

Realizó una obra buena, de misericordia, de amor. Por eso Jesús preguntó: de los tres – sacerdote, levita, samaritano - ¿cuál te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los ladrones? La respuesta es evidente: el que hizo con él misericordia. Por eso Jesús dijo al doctor de la ley: Anda y haz tú lo mismo.

Anda y haz tú lo mismo, nos repite el Señor a cada uno de nosotros, profesionales sanitarios cristianos. Haz lo mismo que el samaritano: acércate, ten compasión, cura, gasta tu vida, condivide tus bienes, tu ciencia y tu dinero...; haz lo que hizo el Buen samaritano. Haz tú lo mismo: ama a Dios y al prójimo: a Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu mente; y al prójimo como a tí mismo (Mt 22, 37). Haciendo lo mismo que el

Samaritano, el profesional sanitario cristiano será testigo de ese amor de Dios, de esa misericordia y de ese perdón y reconciliación.

Está en nosotros pasar de largo como lo hizo el sacerdote y el levita, o acercarse como lo hizo el samaritano. Acercarse al que está en necesidad y hacerlo con destreza, con competencia, con técnica, con eficiencia pero, sobre todo, acercase con amor.

Testigos del amor misericordioso, reflejo de un amor más grande, el de Cristo, que pasó haciendo el bien. Son testigos de ello los santos de la caridad, especialmente Juan de Dios, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, y un inmenso ejército de mujeres misericordiosas. Su ejemplo nos impulsa hoy a nosotros a hacer lo mismo: a tener caridad, a apostar por la caridad; es el grito del Papa Juan Pablo II en el documento al final del Año Santo – *Novo millennio ineunte*: contemplar en la cruz el grito de amor, un rostro de resurrección, un rostro de vida con una invitación a manifestarla en la vida cotidiana, sea en familia que en la profesión. Apostar por la caridad (n. 49-50) para que nuestro amor sea fructífero; es la hora de la fantasía de la caridad, dirá también el Papa; “la caridad es el corazón de la Iglesia”, decía santa Teresa del Niño Jesús. Mediante la unción de la caridad somos signos de concordia y de paz, cosa agradable a Dios, como afirma S. Pablo: “Nosotros somos el suave olor de Cristo” (2Co 2, 15). De este suave olor de Cristo tiene necesidad la Iglesia, la sociedad y los centros de salud. El profesional sanitario cristiano está llamado a ello, a ser testigo de estos valores.

3. Unidos a la Vid

a) *Todos los miembros del cuerpo son activos*¹⁰

La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es vocación al apostolado. En un cuerpo todos los miembros se comportan de forma activa: también el Cuerpo Místico.

El seglar vive en medio del mundo y ejerce su apostolado en él a modo de fermento (AA, 2).

Los cristianos tienen su derecho al apostolado por la unión con Cristo-Cabeza; insertos por el bautismo y robustecidos por la confirmación (AA, 3).

A todos se impone el deber de trabajar para que el mensaje de salvación llegue a todos. Para practicar este apostolado el Espíritu Santo concede también dones peculiares según quiere (ICo 12, 11).

La vida apostólica del seglar exige un ejercicio continuo de fe (meditación de la Palabra de Dios); de esperanza (acordándose de la muerte y resurrección de Cristo); y de caridad (haciendo bien a todos).

No se trata sólo de anunciar el mensaje de Cristo, sino de impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico. Este anuncio hay que revelarlo con palabras y con obras (AA, 4 y 5).

¹⁰ Hermanos de S. Juan de Dios – Secretariado Internacional de Pastoral Sanitaria: “¿Qué es la Pastoral Sanitaria? Ed. Claret, Barcelona 1980.

b) Injertados en Cristo para dar frutos

Cristo es la Vid de sólidas raíces, nosotros los sarmientos de esa Vid. Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador; y los sarmientos si no están unidos a la vid no pueden dar fruto, porque “sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5), dice el Señor. Mediante la fe y los sacramentos nos unimos a Cristo y nos comunica la vida divina, del mismo modo que la vid y los sarmientos forman una sola planta. Por ello, no puede haber fruto de apostolado sin esta unión. Para dar fruto debemos contar con el Espíritu Santo, luz, fuerza, líder de la evangelización; El es el protagonista de la misión de la Iglesia.

Dice Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: “La evangelización no será posible sin la acción del Espíritu Santo” (n. 75).

Estas son también las expresiones de Ignacio IV Hazim, Patriarca de la Iglesia greco-ortodoxa de Antioquía:

“Sin el Espíritu Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es una simple organización, la autoridad es dominio, la misión es propaganda... Pero en el Espíritu el cosmos se eleva y gime en los dolores del Reino. Cristo resucitado está presente, el Evangelio es fuerza de vida, la Iglesia es comunión trinitaria, la autoridad es servicio liberador, la misión es Pentecostés”.

Creo que estas expresiones son una verdadera traducción práctica de la citación evangélica: “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5).

Bautizados, confirmados y enviados a evangelizar, a dar fruto, los frutos del espíritu que Pablo señala a los Gálatas: “Caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Ga 5, 22-23).

Si queremos dar fruto en la Iglesia, en nuestra pastoral, en nuestro ejercicio profesional, en nuestra vida de laicos comprometidos, debemos dejar espacio, repito, al Espíritu. Con su fuerza y su perfume seguro que estaremos más disponibles, más abiertos a las necesidades de la Iglesia, de nuestra sociedad, más entusiastas en el apostolado con los enfermos.

Hemos recibido el Espíritu Santo para dar fruto y ser testigos de la misericordia, de la acogida, de la curación.

Si está en nosotros el Espíritu, seguro que enciende en nosotros el fuego, la vivacidad y la urgencia apostólica.

Jesús nos recuerda que el árbol, por su naturaleza, está hecho para dar fruto; lo mismo el cristiano, injertado por el bautismo a la verdadera vid que es Cristo, está llamado a dar fruto, no por sí mismo, sino unido a la vid; por eso Jesús añade: “Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortará; y todo el que dé fruto, lo podará, para que dé más fruto” (Jn 15, 2).

En la acción de podar interviene el Padre en la vida personal, de la comunidad y de la misma Iglesia. Intervenciones, podaduras, que a veces nos hacen sufrir, pero que son guiadas por un gran amor, para que demos más fruto, para crecer.

A propósito de la vid y los sarmientos, la Iglesia nos estimula frecuentemente a esta unión; nos lo recuerda particularmente en varios números del Catecismo de la Iglesia Católica (nn. 308, 755, 787, 1108, 2074).

Y el Papa Juan Pablo II señala que, después de todo, queda el primado de la gracia y de la santidad. He aquí sus palabras:

“Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, ‘no podemos hacer nada’ (cf *Jn* 15, 5).

La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con El, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: ‘Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada’ (*Lc* 5, 5). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: *Duc in altum!*” (*Novo millennio ineunte* n. 38).

4. Juntos para crecer, y ser sal de la tierra y luz del mundo. Llamados a ser testigos de la alegría y de la esperanza

“Crecamos en El, en Cristo” (*Ef* 4, 15); El es nuestra alegría y nuestra esperanza; “vivid alegres con la esperanza” (*Rom* 12,12).

La Asociación de Profesionales Sanitarios Cristianos se creó con la finalidad de crecer juntos, como se lee en el Preámbulo de los Estatutos, aprobados hace diez años. Este mismo espíritu de unión y comunión se recoge en el artículo 4º de los Estatutos, así como las otras dimensiones cristianas - la fe, la esperanza, el amor, el servicio a la vida, la formación, los sacramentos... - todo cuanto el profesional sanitario cristiano está llamado a vivir para ser testigo.

Llamados a ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5, 13-16).

Lo propio y característico de la sal es dar sabor, preservar, hacer agradable la comida. Lo propio y característico de la luz es iluminar; la luz está hecha para ver, por eso se pone en alto. La sal y la luz nos recuerdan la obligación de ser testigos. ¿Cómo? Con nuestro estilo de vida sencilla, luminosa, agradable, saludable: testigos con nuestra profesionalidad, con nuestras buenas obras, ellas deben ser el perfume de Cristo, es decir, la santidad.

“Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (*Mt* 5, 16).

Llamados a ser testigos de la alegría y de la esperanza.

En un mundo de tensiones, de depresión..., en un mundo donde mucha gente se ha cansado de luchar – porque no merece la pena, se dice – en un

mundo sanitario en que sí es verdad que hemos progresado tanto, pero que las enfermedades y la muerte son todavía un enigma, en un mundo de tantas esperanzas perdidas, el profesional sanitario cristiano debe ser signo, testigo de una lucha rica en esperanza, profeta y testigo que diga con la vida, con su coherencia, con su alegría y simplicidad, con su entusiasmo – diga – que la vida tiene sentido, que es necesario luchar, generar vida, meterse en el carril de la esperanza.

La esperanza es otra de las grandes dimensiones positivas de la vida. Esperar es vivir con una ventana abierta desde donde entra un rayo de luz, de ilusión, de ganas de luchar; esperar es un ejercicio fatigoso; es creer en un mañana, es esforzarse hoy, es no borrar nuestros justos y hermosos deseos.

La esperanza es como la sangre: no se ve, pero tiene que estar. La sangre es la vida; así es la esperanza: algo que circula por dentro; si no la tienes, estás muerto.

La Carta de Taizé del 2003 lleva por título “Dios sólo puede amar”. En relación con la esperanza dice lo siguiente:

“Son muchos hoy los que aspiran a vivir un tiempo de confianza y de esperanza. En la Biblia, la esperanza no es una creación de la imaginación, está enraizada en la presencia de Dios que nunca está ausente: ‘Tengo para vosotros, dice el Señor, planes de paz y no de desgracia, para daros un futuro y una esperanza’ (Jer 29, 11). Esta esperanza es una certeza: ‘Hay futuro, y tu esperanza no será cercenada’ (Por 23, 18). El Nuevo Testamento va más lejos, al comprender la esperanza como una realidad ya en marcha: ‘La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado’ (Rom 5, 5)¹¹.

La vida del hombre es la esperanza. Dos mil años de esperanza y el coraje de continuar a inyectarla en el mundo. Encendamos nuestras lámparas de esperanza y se hará posible lo que creíamos imposible.

Duc in altum! No tengais miedo, soy yo, el resucitado. Soy yo, no soy un fantasma. ¡Cuántas veces, perdida la esperanza, nos sucede lo que a los apóstoles cuando ven a Jesús caminar sobre el mar, creen que es un fantasma! (Mc 6, 45-52). Nos sucede a nosotros lo mismo cuando estamos solos, con tantas dificultades y tanto viento contrario, no vemos bien, todo es oscuro, se pierden las ganas de luchar... ¿Y si todo lo que llevo entre manos es un fantasma? La familia, mi vida profesional, la Iglesia, el mismo Jesús, ¿un fantasma? Ahora urge activar la esperanza, embarcarse, aunque vacilemos, aunque vemos que la luz está lejos... Sucederá que encontraremos una puerta abierta, la puerta de la esperanza, sucederá que encontraremos a Jesús cuando menos lo esperamos, quizá cuando lo sentimos lejano – pero es El, no un fantasma, El que nos acompaña, y el viento contrario cesa de soplar. Ha nacido la esperanza.

El profesional sanitario cristiano está llamado a ser testigo de la esperanza que no defrauda, testigo y portador de un gozoso anuncio. Gozo, alegría, pascua; una alegría que inyecta felicidad, una alegría que dura, una alegría,

¹¹ Cf. *Ecclesia* n.3, 134-135, enero 2002.

fruto del resucitado en contraposición a la alegría, fruto del ruido y de la industria. La alegría cristiana nace de la muerte y resurrección de Jesús. Profesionales de la salud, escuchad el canto de la alegría, el Evangelio de la alegría: Gloria a tí, Cristo, que has iluminado la mañana de este nuevo milenio; gloria a tí, Cristo, que has llenado de alegría y de fiesta nuestro joven milenio. Tú eres nuestra esperanza, tú eres nuestra alegría, tú eres nuestra fiesta. El cristiano nace de la pascua, de la fiesta, de la victoria de Cristo y está llamado a celebrarla, a hacer experiencia y a comunicarla, a ser testigo.

Cristo ha resucitado, es el canto pascual que anuncia la Iglesia todos los años. Y todos a coro respondemos: nosotros somos testigos de esta resurrección. Verdaderamente Cristo ha resucitado; proclamémoslo con nuestra palabra y con nuestra vida.

Termino mi conferencia con una página titulada “Testimonio” que he encontrado releendo un libro de José M^a Alimbau: “Palabras para momentos difíciles”¹². Creo que sintetiza muy bien las claves evangélicas que he intentado describir en mi relación: esa identificación del profesional sanitario cristiano con Cristo, que da fruto y lo manifiesta en la vida, siendo testigo. Dice así: **“Tu vida, único evangelio que leerán”**

El poeta barcelonés **J.V.Foix** tiene un brevísimo poema titulado “*Nuevas pruebas de la identidad de Jesús*” que dice:

*“Jesús no habla: dice;
no escribe: hace;
no razona: provoca;
no esclaviza: emancipa;
no hiere: cura;
no ofrece: da;
no se enamora: ama.”*
- *El cristiano, en su ideal de imitación de Jesucristo:*
*no perjudica: beneficia;
no oprime: libera;
no es insensible: consuela;
no hunde: levanta.
No vence: convence;
No es soberbio: es humilde;
No obra mal: sí el bien;
No usa el poder: sí el servicio.*

*“Cuando miro sus manos, recuerdo que son tuyas;
cuando leo sus ojos, reflejan tu mirada;
ya no hay ‘hombres’, hay ‘Tú’ multiplicado”,* escribía Martín Descalzo.

“No olvides – dice Mons. Helder Cámara – que tu vida de cristiano es el único evangelio que mucha gente leerá.”

¹² Ediciones STJ, Barcelona 1998.

Bibliografía

- * PABLO VI: “La evangelización en el mundo contemporáneo”, PPC, Madrid 1981
- * JUAN PABLO II:
 - *Evangelium vitae*, Librería Ed. Vaticana, 1995.
 - *Novo millennio ineunte*, Piemme (Albano) 2001.
 - *Salvifici doloris*, Ed. Paulinas, Madrid 1984.
 - *Christifideles laici*, Librería Ed. Vaticana. 1988.
- * PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LA SALUD
 - Revista *Dolentium Hominum*
 - Carta de los Agentes Sanitarios
 - Laicos en el mundo del sufrimiento y de la salud
 - *Teologia e medicina*,(Mons. Javier Lozano Barragán), EDB Bologna 2001
- * CARD. CARLO MARIA MARTINI: Centro Ambrosiano - Milano
 - *Sto alla Porta*
 - *Ripartiamo da Dio*
 - *Parlo al tuo cuore*
- * CARD. DIONIGI TETTAMANZI: *Andate e predicate il Vangelo*. Centro Ambrosiano 2002.
- * JUAN BAUTISTA CAPPELLARO: *Cristo è il nostro programma*, Elledici, Torino 2002.
- * ANSELM GRÜN:
 - El gozo de vivir. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1998.
 - *Gustare la gioia pasquale*. Queriniana, Brescia 2001.
 - Buscar a Jesús en lo cotidiano, Narcea, Madrid 1998.
- * HENRI J.M.NOUWEN:
 - El regreso del hijo pródigo, PPC, Madrid 1995.
 - Tú eres mi amado, PPC Madrid 1995.
 - En el nombre de Jesús, PPC, Madrid 1994.
 - *El sanador herido*, PPC, Madrid 1994.
- * JEAN VANIER:
 - *Una porta di speranza*, Gribaudi, Milano 1998.
 - *Ogni uomo è una storia sacra*, EDB, Bologna 1996.
 - *La lavanda dei piedi*, EDB, Bologna 1998.
 - *Povero tra i poveri*, EDB, Bologna 1998.
- * Departamento Pastoral de la salud – Conferencia Episcopal Española:
 - Vivir sanamente el sufrimiento
 - Congreso Iglesia y Salud
 - 25 años de Pastoral de la salud en España.
- * AA.VV.: Diez palabras clave en ética de las profesiones, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2000.
- * BESTARD-OSES-UBIETA: La Iglesia en el mundo de la salud. Secretariado Nacional Pastoral Sanitaria. Madrid 1982.

- * JOSE L. MARTIN DESCALZO: Buenas noticias, Planeta Barcelona 1998.
- * KARL LEHMANN: Es tiempo de pensar en Dios. Herder, Barcelona 2002.
- * EMMA FATTORINI: *Tempi dell'uomo tempi di Dio*, Guerini e Associati, Milano 1999.
- * OLIVIER CLÉMENT: *Taizé – un senso alla vita*, Paoline, Milano 1998.
- * AA.VV.: *Le opere della misericordia*, Ed. Rogate, Roma 2001.
- * SEAN-CLAUDE LARCHET: *Teologia della malattia*: Queriniana, Brescia 1993.
- * J. TODOLI DUQUE: Nivel Ético del profesional español, Confederación Cajas de Ahorros, Madrid 1975.
- * FRÈRE ROGER-TAIZÉ: *Dio non può che amare*, Elledici, Torino 2003.

13 JORNADAS NACIONALES PROSAC
EL ESCORIAL (MADRID) 29 MARZO 2003
10º ANIVERSARIO DEL PROSAC